

Presentación.
Benito Pérez Galdós:
reflexiones entre la Historia contemporánea
y la Literatura

*Presentation.
Benito Pérez Galdós: Reflections between
Contemporary History and Literature*

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL

antonio.moral@uah.es



FRANCISCO JAVIER GONZÁLEZ MARTÍN

fjavier.gonzalez@uah.es



Universidad de Alcalá
Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Historia y Filosofía
c./ Colegios, 2
28801 Alcalá de Henares (Madrid) (España)



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA,
FILOSOFÍA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

Numerosas obras de Benito Pérez Galdós (1843-1920) abren tres perspectivas: Literatura, Historia y Antropología, apartando las consideraciones historicistas, de filosofía de la Historia y meta-históricas más modernas, si seguimos la tesis de Hayden White en su obra *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* (1973). De ahí la oportunidad de intentar analizar esa triple relación en varios trabajos que se reúnen en este monográfico sobre la obra de Pérez Galdós desde la Historia y la Literatura.

Pérez Galdós reunió documentación no escrita proveniente de sus conversaciones e informaciones derivadas de la prensa, sus amigos y tertulios, gracias a su don de gentes, entre los que se encontraban Modesto Lafuente, Alcalá Galiano, Clarín, Pardo Bazán, José María Pereda, Menéndez Pelayo entre otros muchos. Fuera de los círculos de café conoció también a Joaquín Costa o Rafael Altamira, que combinaron sus saberes con la memoria anónima de individuos de generaciones pasadas, ya viejos, pero que, junto a las narraciones familiares que el autor canario pudo recopilar, formaron una información privilegiada para sus escritos. Sobre todo, cuando varios miembros de su familia participaron en hechos clave en la guerra de la Independencia.

Desde su llegada a Madrid en 1862 para estudiar Derecho, Galdós ya pudo observar o sentir la idea de decadencia latente en el ambiente intelectual, imagen que tuvo que penetrar en su ser más hondo. La situación política del final del reinado de Isabel II era claramente revolucionaria, a pesar de las esperanzas puestas en el periodo aparentemente más equilibrado del gobierno largo de O'Donnell. Y la propaganda revolucionaria de esa década volvió a presentar a la nación en una situación de decadencia moral y política. Era un país que tendía a desintegrarse, como se dice que apostilló Bismarck, sorprendido ante un pueblo bruto, indisciplinado, sin sentido de Estado, pero admirado de su fuerza, tesón y consistencia. Necesariamente para Galdós todo ese ambiente animó su interés por la Historia, la política, la transformación de la realidad, mezclando en su mente los actos heroicos pretéritos de un pueblo sin rumbo en aquel presente, con una necesidad de regeneración y renovación, a la par que buscaba el análisis de sus orígenes, penetrando en la dura corteza de la Historia para estudiar la psicología colectiva de la nación, términos que luego fueron redoblados en diversos ecos políticos e intelectuales en generaciones posteriores. Estas inquietudes calaron en su obra tanto que dieron lugar a varias novelas, de claro contenido social, desde *Fortunata y Jacinta* a *Tormento*, aparte de la última serie de los *Episodios Nacionales*, dentro de un ambiente que mezcló tipismo, decadencia, atraso y crítica política.

Durante el Sexenio Revolucionario (1868-1874), que tantas esperanzas levantó en la opinión pública liberal y demócrata, Galdós escribió *La Fontana de Oro* (1871), precedente de sus *Episodios Nacionales*, aunque no perteneciese a ninguna serie, comenzando la primera en 1873 con *Trafalgar*, analizado como fuente histórica por Francisco Javier González Martín en este monográfico. Sus *Episodios* han sido considerados fruto a su vez tanto de sus inclinaciones románticas de libertad política como de la necesidad de construir una narrativa sobre la formación de la España contemporánea, dado que sus ideales eran, sobre todo, liberaldemócratas en aquellos momentos, como analiza el artículo de Jorge Vilches, centrado en la evolución política del Galdós periodista durante la segunda mitad

PRESENTACIÓN

del siglo XIX. La gloriosa conquista de la libertad o los ideales democráticos fue, para algunos escritores, consecuencia de la pérdida de fuerza exterior, del estancamiento imperial, del retraimiento psicológico... Fue aquella una época confusa, plena de ilusión democrática y guerras civiles, que le llevó a mirar hacia los albores del siglo, al seno de una era revolucionaria que pugnaba entre el nuevo y el antiguo régimen, entre dos órdenes o formas de pensar, entre distintas culturas cívico-religiosas. De esa mirada nació su primer Episodio, *Trafalgar*, símbolo ineludible de la decadencia española, momento en que, de forma clara, España abandonó su rango como potencia mundial de primer orden para pasarlo a Gran Bretaña, la enemiga secular, merced a la desidia política, según la visión galdosiana.

En sus *Episodios Nacionales*, la evolución política, los cambios sociales y culturales se mezclaron de forma magnífica con el vivir cotidiano, con la vitalidad de los ciudadanos. Así, lo pintoresco pareció despertar un interés real en Galdós, invocando su atención para analizar el resto del paisaje nacional, como una imagen fija o estable en un mundo, no obstante, variable. Un ir y venir entre cultura y civilización, términos de distinta procedencia y complementarios, donde la tradición inmutable se debía a esta última, mientras que la cultura, como espíritu cambiante, tendía a sobrepasar, captando modas extranjeras, pero que transitaban como casticistas. Como si quisiera vivir en paz sin querer alterarse, olvidando que la acción histórica tiende al cambio de la cultura cívica, a la ruptura de la mano o influencia de los sucesos políticos forjando una época respecto de la anterior a la que se sobrepone como expuso otro célebre libro, también novela, *Un siglo llama a la puerta* (1980) de Ramón Solís, centrado en el Cádiz de la Guerra de la Independencia. En este existe más constancia de esa dualidad entre tradición y fueros frente a leyes nuevas, formas de patriotismo frente a nacionalismo, reformadores frente a inmovilistas. Una idea un tanto maniquea que se diluye ante el estudio de la realidad, más compleja y rica que el simplismo político. En la obra de Galdós, la Literatura y la Historia aparecen como medios de comunicación que se implican, unas categorías que conllevan la épica y la lírica, fenómeno que derivan de ambas disciplinas impulsoras de un claro interés: la voluntad o el deseo de mostrar y creer en aquella lucha constante por una España mejor, más moderna y unida.

La lectura de los *Episodios Nacionales* lleva al historiador a plantearse la importancia de la Literatura como complemento de la Historia y, por tanto, como fuente «de y para» un momento que se transmite a través de sus páginas, por su capacidad de reflejar, de dar a conocer la caracterización psicológica personalizada, individual o de conjunto; por su cabida para otorgar vida a lo que está muerto o «ya acontecido». Una idea en la que ya estuvieron interesados Altamira, Menéndez Pidal o Unamuno, teniendo en cuenta la capacidad de aproximación que poseía la literatura a otras ramas del saber humanístico, no solo hacia la



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

historia sino en su relación de fondo con la antropología, la psicología e incluso la filología para alcanzar el sentido verdadero de las palabras. La hondura de estas tendencias ha hecho que la obra de Pérez Galdós trascienda al enfrentamiento ideológico persistente y sempiterno en España entre innovación, renovación y tradición. Encuadrado en las filas democráticas-liberales de Sagasta en torno a 1886 y luego en las de Pablo Iglesias en 1909, no hizo carrera política por medrar, sino por la curiosidad, inquietud e incluso sentido regeneracionista frente a un catolicismo recalcitrante, torpe, tan plagado de prejuicios como ciertos progresistas, salvo la voz de aquel otro intelectual, Menéndez Pelayo. El polifacético escritor reconoció la enorme valía de su obra novelesca y le apoyó en 1897 en su entrada en la Real Academia Española, si bien nueve años después de ser elegido candidato. Por fortuna, siempre existió una España inteligente y culta, al margen de ideologías y banderías, aunque fuera muy minoritaria, una intelectualidad que intentó guiarse por el sentido común al que apeló Jaime Balmes y Baltasar Gracián. Más adelante, como en el caso de Unamuno, si Galdós pasó por socialista fue por encuadrarlo entre aquellos intelectuales que creyeron que no existía otra alternativa de crítica honesta en aquella España nacida del desastre de 1898. Ese Galdós sensible a los problemas nacionales, como verdadero patriota, denunció la revolución como mostró en el episodio de *La revolución de Julio* de 1854, donde se opuso a la barbarie y al motor que convierte en violencia las justas reivindicaciones, denunciando la envidia social e igualitaria, el analfabetismo y la brutalidad. Sería promotor, por tanto, de la teoría del «justo medio» entre los elementos más populares y las clases medias, pues no dejó de ser un liberal en el fondo. Acusado de anticlericalismo casi feroz, sobre todo desde el estreno de *Electra* en 1901, a imitación del *Hernani* de Víctor Hugo (1830) o del famoso *El sí de las niñas* de Moratín (1806), no mostró sino el temor a un freno, a un repliegue de la construcción y evolución de la sociedad liberal-democrática a comienzos del siglo XX, que identificó con la secularización. Defendió la modernización donde pudo, llegando, como analiza en su artículo Ignacio Uría, a defender la americanización de España, donde la experiencia de Cuba representaba una útil herramienta para llegar a ese paraíso de la Modernidad.

Pérez Galdós y su obra fueron testigo y testimonio del siglo XIX español, no porque escribiera y comentara eventos o sucesos pretéritos —bien en sus *Episodios Nacionales* o en sus novelas de costumbres y de tesis— sino porque él mismo resultó ser testigo del desarrollo político de los últimos años isabelinos, del Sexenio democrático, del nacimiento de la Restauración y de sus crisis hasta su muerte el 4 de enero de 1920. Su obra es una biografía múltiple de las elites, las clases medias y populares, especialmente en los entornos madrileños con los que estuvo vinculada e identificada buena parte de su obra. Sin embargo, más allá

PRESENTACIÓN

de su descripción y relato, la hondura de sus escritos presentó problemas universales que el teatro y el cine, ya en el siglo XX, llevaron a la gran pantalla. Precisamente, Ricardo Colmenero analiza la herencia galdosiana en la industria cinematográfica, no sólo española sino de otros continentes, a través del impacto que provocó en varios directores como Luis Buñuel.

Historiadores positivistas han resaltado errores históricos en obras literarias, la gran diferencia existente entre novela e historia, pero ellos mismos saben que sus apreciaciones no pueden ser definitivas. Aparte de la defensa correspondiente para realzar la novela como fuente histórica que realizan algunos autores de este monográfico, resulta cierto que no toda la obra de un autor tiene el mismo valor o calidad como ocurre en la mayor parte de los escritores, incluido Galdós. De ahí la aportación de Roberto Villa, que analiza las convenciones constitucionales del régimen de la Restauración en la obra galdosiana a través de dos de sus escritos fundamentales: la última novela de la quinta serie de los *Episodios Nacionales*, titulada *Cánovas*, y las crónicas parlamentarias que Galdós envió a *La Prensa* de Buenos Aires. Acompañando la evolución doctrinal del autor desde el liberalismo constitucional al republicanismo regeneracionista a través de la plasmación galdosiana de aquel sistema político, se muestra el valor desigual como fuente histórica de su obra periodística y literaria a favor de la primera, en su opinión.

No obstante, para Javier González, si nos ceñimos a la novela documentada, al narrador que intenta apoyar su relato en análisis históricos, documentos y testimonios orales, cabe un sitio de honor indudable para la obra galdosiana. Su labor buscó transparentar la realidad, reforzándola con experiencias psicológicas, analizando las emociones, la mentalidad social, las formas de cultura por estamentos o clases, combinando personajes históricos y protagonistas literarios, porque muchos de estos últimos fueron reales, como analiza Antonio Moral en *Memorias de un cortesano de 1815*. El nivel cultural del escritor canario, su educación cívica y los de los protagonistas de la historia constituyen todo un caleidoscopio de una gran riqueza donde los arquetipos sociales se compaginan con una gran maestría, ofreciendo un relato como instrumento de identidad entre lo que se comunica y lo que se quiere decir y lo que acontece (la realidad) honestamente; respetando sin forzar la relación entre forma y contenido, del mismo modo que se vinculan historia externa e historia interna, como expuso Jacques Le Goff en su *Nouvelle Histoire* (1988), lo que hace que la narración sea activa y dinámica, proporcionando a este cúmulo de ejes y trayectorias de orden metodológico un verismo desde varios niveles.

En primer lugar, mediante la descripción física o psicológica de los personajes históricos; en segundo, utilizando la historia como acción provocadora del



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

relato o la narración de los hechos, tema que fue también tratado por dos clásicos contemporáneos sobre todo desde el campo de la acción, Benedetto Croce en *Historia como hazaña de la libertad* (1989) y Hannah Arendt en su ensayo *De la Historia a la acción* (1992). Por último, la Historia no es solo el marco o la justificación de un desarrollo histórico-literario, no es solo un pretexto, sino que forma parte de una estructura interna, una identidad entre lo histórico y la descripción o entre realidad pretérita y comunicación. De ahí surgen dos fórmulas, la del relato en tanto medio de referirnos hechos —como analizaron Lledó, Le Goff, Whyte— o desde una apreciación interdisciplinar —defendida por Caro Baroja y Morales Moya—. Y, por otro lado, el «discurso», en tanto que puede contener una naturaleza de donde surgen los personajes necesariamente, pues la novela se escribe a partir de los hechos, y convertir los sucesos en ideas constituye la función de la Literatura como señaló, en el siglo pasado, George Santayana —*Pequeños ensayos sobre religión*, 1920—.

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

Universidad
de Navarra

